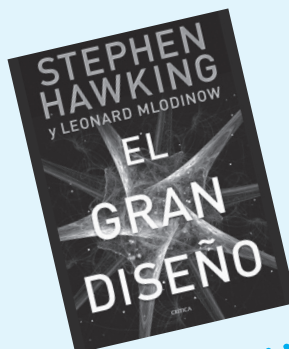


En todo caso, ambos superan la visión de un Dios simplemente tapa agujeros, que no ayuda ni a la religión ni a la ciencia.

El libro, escrito en lenguaje divulgativo y comprensible, es una referencia necesaria para cristianos/as, y especialmente religiosos/as, que desde las ciencias buscan introducirse en la inmensa y compleja naturaleza para intentar responder a las profundas inquietudes espirituales y teológicas. A propósito, resulta oportuno recordar las indicaciones que expresara el Papa León XIII en el documento *Ut Mysticam* (14 marzo 1891) cuando señalaba la finalidad del Observatorio

En 1988 el físico inglés Stephen Hawking publicó el libro *Una breve historia del tiempo*, que llegará a ser un clásico de divulgación científica en el campo de la cosmología, astronomía y ramas afines. En su obra, abordaba temas de interés común, como la visión del universo, la concepción del espacio-tiempo, el universo en expansión, el principio de incertidumbre, las partículas elementales y las fuerzas de la naturaleza, los agujeros negros, el origen y destino del universo, la flecha del tiempo y la unificación de la física. Precisamente la búsqueda de una teoría unificada completa, sistemática, capaz de explicar todo el universo, integrando la teoría de la relatividad general con la física de las partículas elementales, es una de las grandes preocupaciones de Hawking en los últimos decenios.



Stephen Hawking y
Leonard Mlodinow,
El gran diseño,
Crítica, Barcelona 2010,
pp. 228.

La publicación que reseñamos busca comprender el universo a nivel más profundo, “necesitamos saber no tan sólo cómo se comporta el universo, sino también *por qué*” (p. 16). De allí la necesidad de abordar cuestiones más filosóficas: “¿Por qué hay algo en lugar de no haber nada? ¿Por qué existimos? ¿Por qué este conjunto particular de leyes y no otro?” (p. 16). Hawking afirma que “es posible responder a esas preguntas puramente dentro del reino de la ciencia, y sin necesidad de invocar a ninguna divinidad” (p. 164). Para ello será preciso encontrar la teoría unificada que buscaba Einstein, una teoría última del universo, que sea supersimétrica entre las fuerzas de la naturaleza y la materia sobre la que actúan. Nuestro autor parece encontrarla en la teoría que denomina M, una familia de teorías, “la *única* candidata a teoría completa del universo [...] un modelo de universo que se crea a sí mismo. Nosotros debemos ser parte de ese universo” (p. 204). Según las predicciones de esta teoría, “nuestro universo no es el único, sino que muchísimos otros universos fueron creados de la nada. Su creación, sin embargo, no requiere la intervención de ningún Dios o Ser Sobrenatural, sino que dicha multitud de universos surge naturalmente de la ley física” (pp. 15-16). Si esta teoría es confirmada por la observación, concluye, “habremos hallado el Gran Diseño” (p. 204).

¿En qué medida los avances y provocaciones de las ciencias influyen en nuestra vida consagrada religiosa y en nuestras reflexiones teológicas?

Por Roberto Tomichá, OFM Conv.